
Hombres De Sport

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8977

Título: Hombres De Sport

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Artículo, Crónica

Editor: Brian

Fecha de creación: 23 de julio de 2026

Fecha de modificación: 23 de julio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Hombres De Sport

Un distinguido deportista francés que visitó la América del Sur el año pasado, dijo, en correspondencia a un diario local, que los deportes nunca prosperarían como es debido en Sud América, por el excesivo amor propio nacional puesto en juego. Recordaba los viejos incidentes de hipódromo en ésta y en Montevideo cuando se corrían premios internacionales, y los más recientes de Río de Janeiro, durante los juegos olímpicos del centenario.

Y los fresquísimos del campeonato mundial de box —hubiera agregado hoy.

Admitida como evidente esta hipertensión patriótica en el deporte sudamericano, cabe preguntarse a qué razones obedece. Obedece, sin género de dudas, a la circunstancia de haberse limitado y transmutado la higiénica utilidad del ejercicio físico, a un simple espectáculo de combate internacional. Tal footballer, tal boxeador nuestros, no son una u otra cosa, aunque por su nombre lo parezcan; son exclusivamente "argentinos", como los atletas de la otra orilla o de la nación tramontana, no son fuertes muchachos de aclamable energía, sino "uruguayos" y "chilenos", nada más.

Un combate por la supremacía del pabellón (bien ajeno, como se comprenderá, a los rencores que cobija): esto y no otra cosa son los tantos premios, matchs y campeonatos del deporte sudamericano. No existe en ellos el más leve asomo de un torneo de emulación, donde los enérgicos, los madrugadores, los sobrios, los serios, van a demostrar los beneficios de su régimen de vida. No importan ni la bizarría, ni la ejemplar respiración, ni el esplendor vital de los jóvenes en lucha. Sólo se aguarda el triunfo de los compatriotas; sólo se procura atisbar, por bajo de las camisetas, la forma y el color del escudo nacional.

De tal modo son esos torneos espectáculos de combate que, conforme van decreciendo en violencia simuladora de guerra, decrece a la par el

agresivo entusiasmo despertado. Y así tenemos, en progresión decreciente, el box, el rugby, el football, las regatas, el footing —que apenas despierta interés.

La "cultura física", de que tanto se habla hoy día en las escuelas y las cartillas patrióticas, muy poco tiene que ver con esas exhibiciones netamente chauvinistas, de las que apenas participa una ínfima minoría. No pretendemos hijos simplemente sanos y fuertes, de sólidos músculos y corazón modesto, cuyo equilibrio de cuerpo y alma realiza el verdadero atleta. No. Queremos a toda costa campeones de corazón ya viciado a los diecisiete años, que educamos todos con la ardiente esperanza de que lleguen un día a conquistar para nosotros un premio internacional.

Atletas de espectáculo: tal es la sola finalidad de esta cultura física. El ejercicio muscular, practicado por su sola necesidad y armonía higiénica, no nos interesa. Del mismo modo que los abstemios de vino en la mesa enferman de alcoholismo en el bar, nosotros los sudamericanos, incapaces de correr treinta metros tras el tranvía sin sofocarnos, estamos enfermos de atletismo.

No es la media hora de insano desgaste por un diploma lo que va a salvar a nuestra raza, sino la actividad muscular de todos y de todos los días, pues ella sola dará y devolverá a nuestro organismo el equilibrio robado por largos siglos de vida unilateral. La marcha diaria, la gimnasia, las vacaciones al aire libre, habituales en otros países, son desconocidas entre nosotros. Resolvemos toda la cultura física en un espectáculo teatral, entre cuatro barreras o cuatro cuerdas, y al que asistimos con la única esperanza de que sea un compatriota nuestro quien obtenga el triunfo.

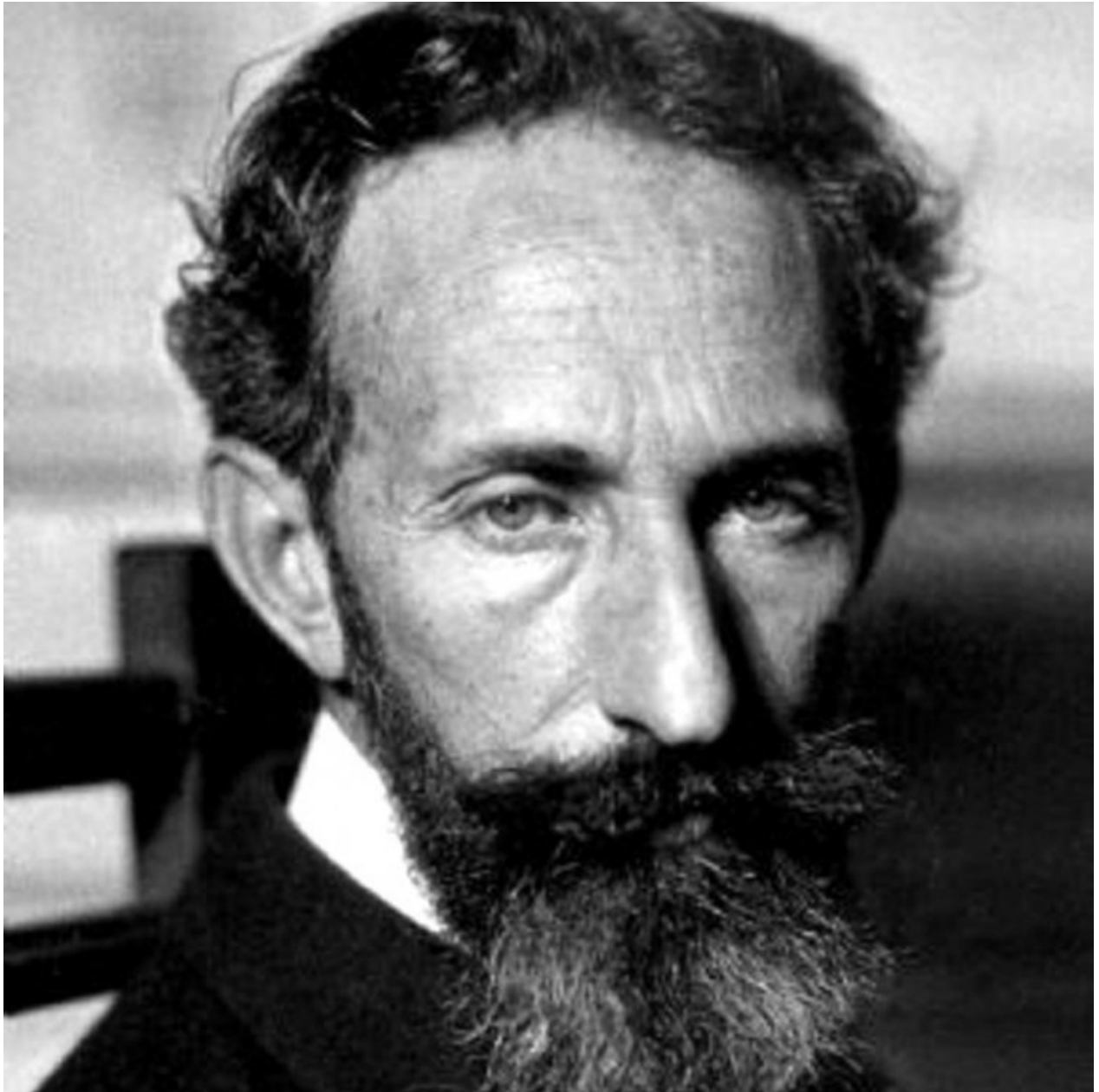
Durante el reciente match por el campeonato mundial de box, y mientras los teatros y cines rebosaban de un público entusiasta a la espera del resultado del match, no hubo un solo hombre bastante desinteresado para aplaudir el triunfo de un pugilista de la talla de Dempsey.

El señor Mario Estrada, agrónomo distinguido y deportista de nota, contaba una vez las peripecias de sus luchas de box en Estados Unidos, cuyas universidades había visitado por asuntos de su profesión.

—Pues bien —concluyó con entusiasmo—. En todas ellas, en todas las luchas de box que sostuve con los alumnos de las universidades, fui puesto knock-out!

El señor Estrada ignoraba totalmente la nacionalidad de sus contrincantes, no le interesaba saberlo, como tampoco le afectaba el haber perdido sus matchs. Lo que le entusiasmaba era la excelente educación física de aquellos establecimientos, al punto de haber hecho de cada alumno un vencedor suyo. Esto es lo que se llama un hombre de sport.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)